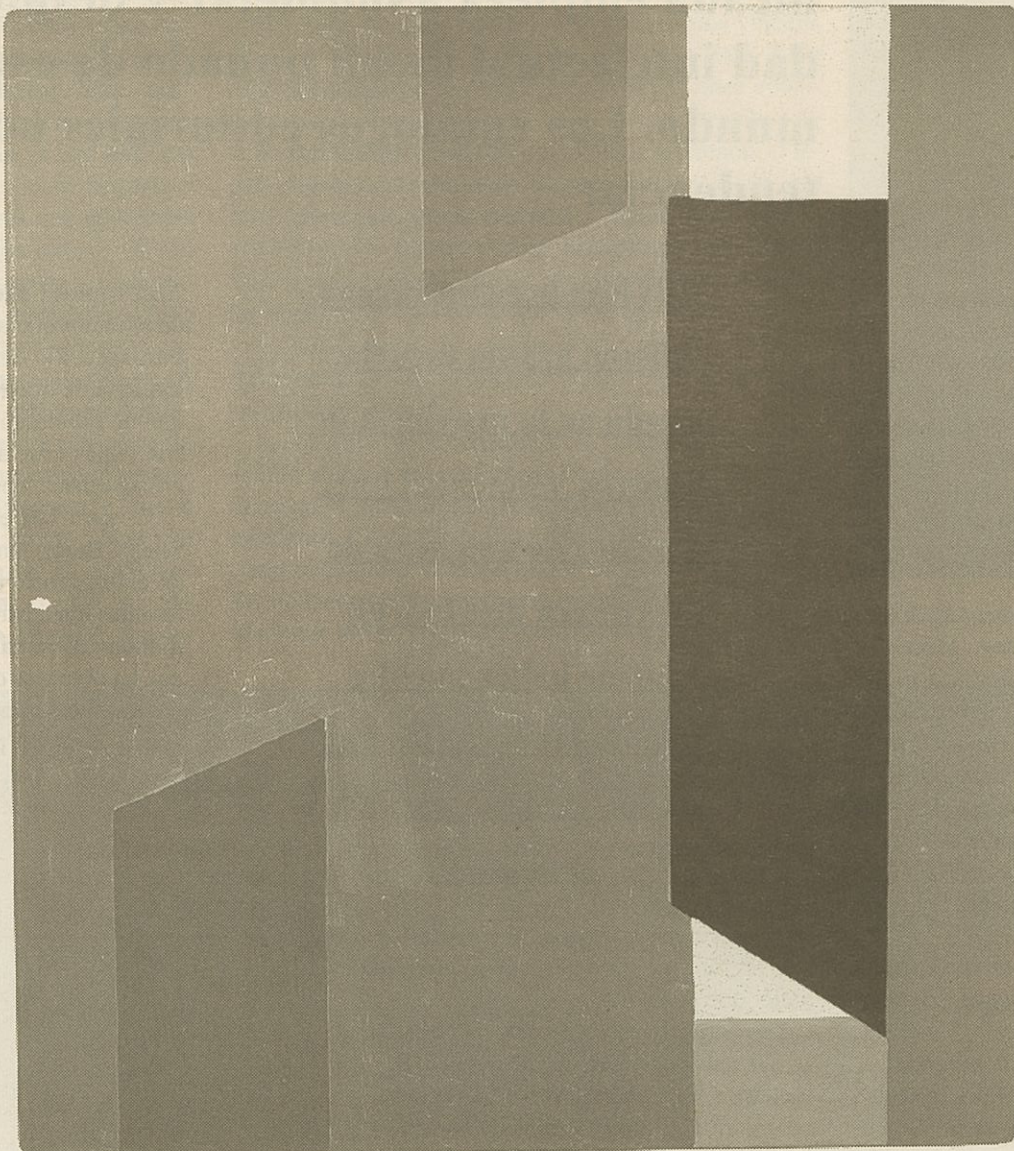


# Luis Palmero: Abadía

El artista Luis Palmero confirma con Abadía, su última exposición actualmente instalada en la sala de arte La Regenta en Las Palmas de Gran Canaria, las expectativas generadas en torno a la calidad de su obra. La proyección que ha adquirido su obra en el ámbito de las artes plásticas contemporáneas le convierten en una de las realidades artísticas de mayor relevancia en el contexto estético del Estado español. Sin duda alguna, nos hallamos ante uno de los proyectos creativos más sólidos y definidos que han salido del Archipiélago canario en las últimas décadas.

Ciertamente el espacio que define La Regenta ha sido ya en demasiadas ocasiones mal entendido y, como consecuencia de ello, se produce una relación mal resuelta entre las obras allí expuestas a través de toda su extensión y el espacio que las acoge. Es problema de dimensiones y escalas, sí, pero además en esa asintonía intervienen otros factores que actúan sutilmente perjudicando la verdadera naturaleza de lo que a priori se pretende mostrar. Cuando de una exposición individual se trata son, generalmente, dos los conceptos que se presentan alterando la voluntad expresiva de los artistas. A veces es un problema de acumulación excesiva de obras que, literalmente, tapizan el recinto, evidenciando una honda preocupación que tiene su origen en el temor que se revela al acometer un proceso estético - definido en la propia exposición- en una sala que reúne tales características físicas y conceptuales. Otras veces la tendencia al reduccionismo, el "respeto al blanco" del lienzo continuo de las paredes que forma el ambiente característico de La Regenta, es el que impone su dominio absoluto y modifica substancialmente la voluntad expresiva de los artistas que exponen en este espacio.

Sin duda alguna, las específicas características de las que se compone esta sala han contribuido a generar en torno suyo un influyente poder de atracción. En este sentido, los artistas conscientes de lo que para su "prestigio" viene a significar intervenir



Sin título, 1999

plásticamente en sus límites físicos procuran ser admitidos en la programación anual de la sala (otro tema del que habría que hablar mucho es el referido a los criterios a través de los cuales se prefigura esta programación), sin embargo, como bien dice el dicho y en este caso se ajusta perfectamente a la realidad, "muchos son los llamados a la gloria y pocos son los que consiguen ser admitidos en ella".

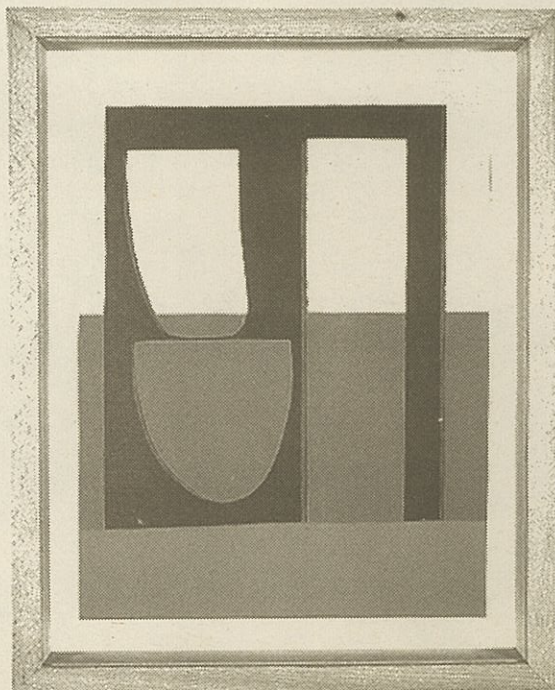
Con estos antecedentes operando meridianamente cada vez que se acuerda la opción de acudir a observar una exposición individual, debemos de dilucidar primeramente cuáles son los parámetros que nos deben de servir de guía mientras deambulamos por este espacio. Ciertamente, y a la contra de otras salas que fundamentan la fiabilidad de sus registros en la supuesta neutralidad de sus espacios, la naturaleza de La Regenta basa su impronta en la contaminación, sin falsos disimulos, que se deriva de la interacción de la sala con la obra exhibida. Es decir, en primer lugar, una vez efectuado el recorrido por el recinto expositivo, atendemos a satisfacer nuestra duda y responder de cómo el artista ha sido capaz de resolver el complejo ejercicio plástico que se plantea entre su voluntad expresiva, representada por las obras por él realizadas, y su vinculación con el poderoso marco espacial que las acoge y que, a su vez, sirve de referencia indisimulada. La escenografía seleccionada por el artista actúa, implicándose directamente,

a la hora de establecer cuáles son las vías adecuadas que convienen rastrear para fijar con la mayor exactitud posible las lecturas correctas que se deben de extraer. Una observación adecuada debe, por lo tanto, atender inicialmente a premisas que trascienden de la mera contemplación de las obras. El diálogo que se traza entre las obras expuestas y el poderoso marco de referencia que define La Regenta, no es en absoluto indiferente cuando queremos establecer rangos definitivos a lo finalmente visto.

Hemos sido testigos ya innumerables veces del fracaso de muchos creadores cuando se enfrentaban al espacio de La Regenta, precisamente por no haber sabido resolver de modo inteligente las imposiciones que indefectiblemente asigna esta sala. Atribuciones extemporáneas abundan: formatos excesivos que tratan de minimizar el impacto espacial; recurrencia al cierre "conceptual" de partes del espacio; distribuciones complejas de las obras por el recinto expositivo que únicamente dan como resultado la prevalencia final de la idea de una total falta de rigor;...En definitiva, lo que para muchas otras salas puede valer, pudiéndose maquillar impunemente carencias ostensibles, en La Regenta se revelan como factores definitivos, y en muchos casos, insalvables para muchos de

nuestros artistas, por mucho que alardeen subjetivamente de las muchas virtudes que les adornen o sean jaleados por los interesados corifeos mediáticos de turno. Cuando de una exposición individual se trata, en La Regenta de nada sirven las estratagemas y los artificios cosméticos que de modo tan manipulador y distorsionador han sido empleados habitualmente por tantos de los que se dice son muchos de nuestros mejores artistas.

**"... a la contra de otras salas que fundamentan la fiabilidad de sus registros en la supuesta neutralidad de sus espacios, la naturaleza de La Regenta basa su impronta en la contaminación, sin falsos disimulos, que se deriva de la interacción de la sala con la obra exhibida."**



Escultura, 1998



**“Hemos sido testigos ya innumerables veces del fracaso de muchos creadores cuando se enfrentaban al espacio de La Regenta, precisamente por no haber sabido resolver de modo inteligente las imposiciones que indefectiblemente asigna esta sala.”**

Luis Palmero, con la exposición Abadía, ocupa en la actualidad el espacio de La Regenta. De Luis Palmero sabíamos ya muchas cosas, sin embargo, y precisamente por este conocimiento previo, alimentábamos ciertas prevenciones a la hora de acudir a visitar esta muestra. Conocíamos de este artista su natural tendencia al análisis reservado; al gusto por la utilización de una metodología rigurosa; a la traducción plástica de su voluntad artística sólo mediante un entendimiento previo, casi iniciático. Elementos todos ellos que derivan de su clara voluntad de alejamiento de aquellos “programas estéticos” que proceden de posiciones modales y oportunistas.

Su capacidad expresiva le dirige hacia unos derroteros artísticos caracterizados por el empleo sistemático de un formato donde la pequeña dimensión encuentra fácil acomodo y reconocimiento prácticamente inmediato. Se trata, generalmente, de piezas de pequeño tamaño en las que el artista despliega, mediante un contundente uso de líneas rectas y planos de colores autónomos, un dominio de la composición plástica que se ha convertido prácticamente en su marca de estilo. Ha adquirido tal control de sus habilidades plásticas que sus obras son identificables rápidamente por cualquier aficionado a las artes, y no sólo de las Islas Canarias sino que el prestigio de Luis Palmero hace tiempo ya que ha superado los límites físicos de nuestra geografía.

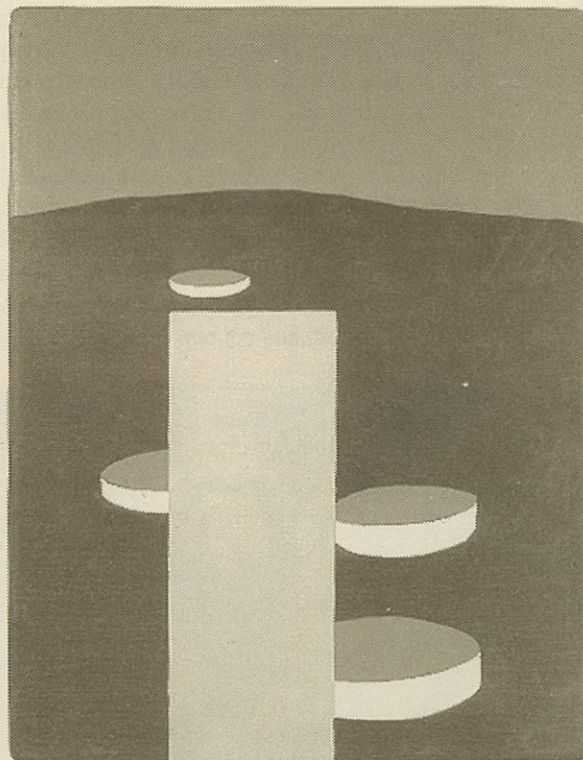
En este sentido es por lo que afirmábamos antes que detentábamos cierta prevención a la hora de acudir a visitar la muestra Abadía. No porque no estuviéramos convencidos del valor cualitativo de Luis Palmero, al contrario. Se trataba de un prejuicio apriorístico: si, como decíamos, la obra más característica de Palmero es reconocible por el empleo reiterado de la pequeña obra, a pesar de conocer también otros formatos de Palmero, cómo se las iba a arreglar para hallar un montaje cierto en una sala como es La Regenta con todas las ausencias que la determinan. Esa, y no otra, es la razón en la que se fundaban las iniciales prevenciones. Sin embar-

go, un solo golpe de vista bastó para diluir por completo cualquier atisbo de duda.

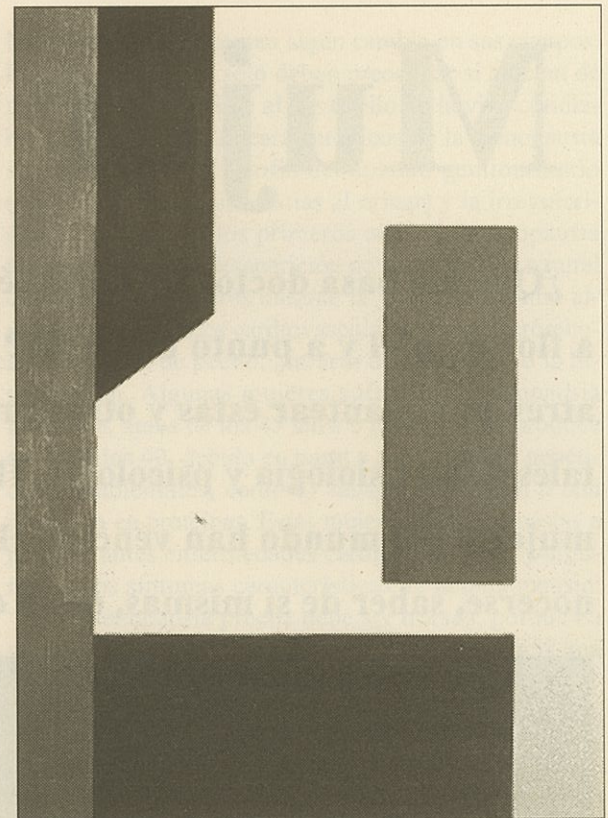
La apuesta por un montaje donde combina la presencia de unas piezas de clara vocación teatral, escenográfica, basada en el trabajo directo con las paredes de la sala, que casi podríamos definir como monumentales, combinadas eficazmente con esas otras piezas más reconocidas del repertorio de Luis Palmero, establecen una síntesis plástica cuya magnitud se nos revela adecuadamente. Se trata, sin dudas, al menos para quien escribe, de una de las mejores exposiciones individuales que se han instalado en La Regenta.

El control de los ritmos, cromáticos y dimensionales, organizan un recorrido expositivo plagado de hallazgos, sensuales y conceptuales. Su aptitud estética se confirma ampliamente cuando analizamos cómo ha sabido ajustar los volúmenes de la sala a las necesidades que se derivan de la concepción que Palmero había diseñado para obtener las máximas garantías de que sus obras se presentasen de la mejor de las maneras posibles. En este sentido ha trabajado: ha subordinado, localizando nitidamente en la extensión de la sala los espacios precisos, las características físicas de La Regenta al planteamiento artístico requerido. De tal modo que, pocas veces lo habíamos visto, la sala no actúa como elemento perturbador en la lectura de las piezas sino que viene a convertirse en un espacio sublimado que se adecua perfectamente para otorgarle mayor presencia a las obras.

Palmero ha sabido hábilmente convertir esta sala en un espacio más que apto para la instalación en ella de exposiciones individuales, alejando de una vez por to-



Sin título, 1998-99

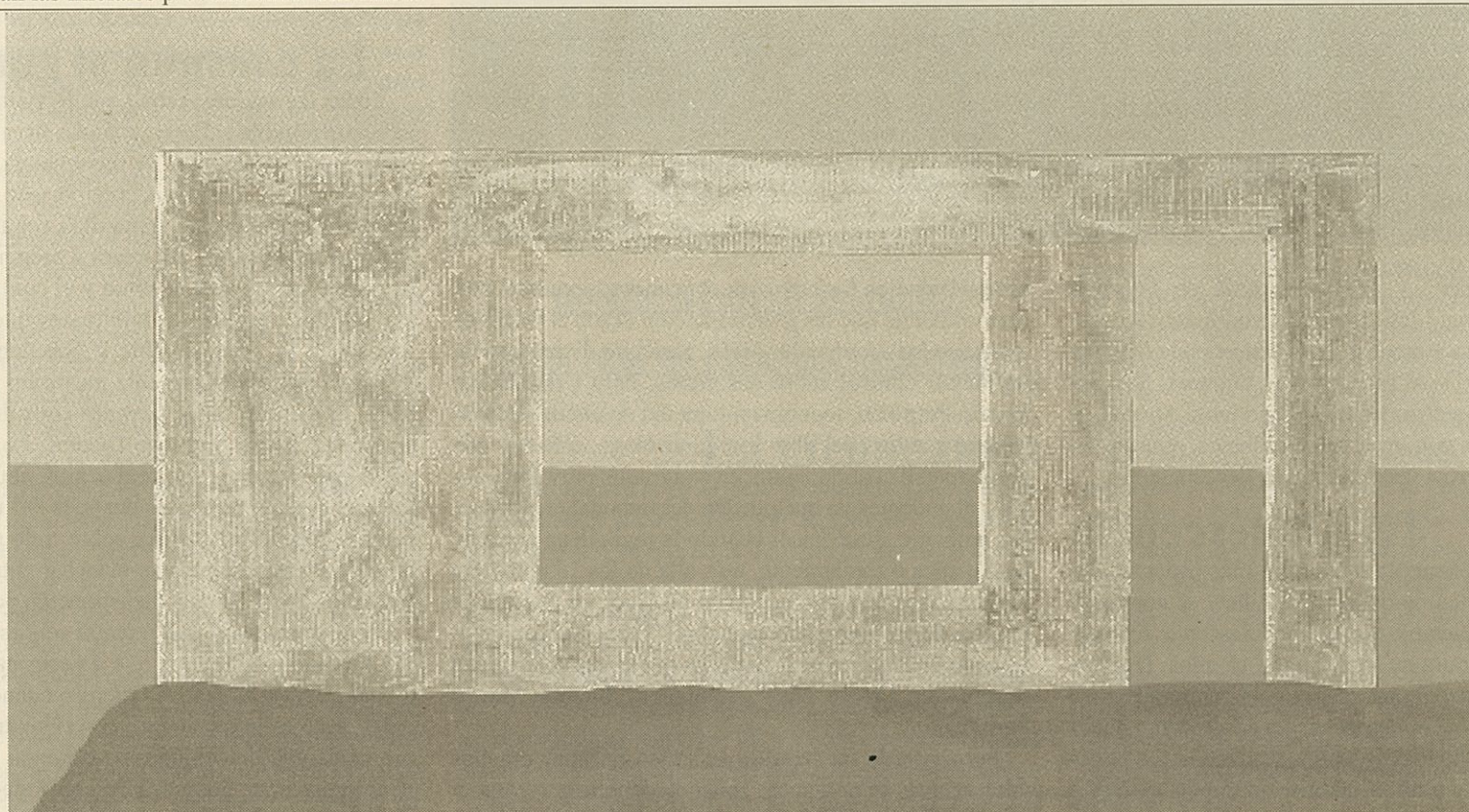


Sin título, 1999

**“El control de los ritmos organiza un recorrido expositivo plagado de hallazgos, sensuales y conceptuales. Su aptitud estética se confirma al analizar cómo ajusta los volúmenes de la sala a las necesidades que Palmero había diseñado para obtener las máximas garantías de que sus obras se presentasen de la mejor de las maneras posibles.”**

das las dudas que se generaban cada vez que diferentes individuales que han pasado por ella han fracasado. Una relación inteligente organizada entre continente y contenido demuestra que la raíz del problema se halla más en el trabajo incompleto de los artistas que en las limitaciones impuestas por una sala que, sí es verdad, es difícil. Para eso están los verdaderos artistas: para transformar la realidad y transmutarla en otra cosa que se nos quede grabada en nuestras retinas y nuestras memorias. Sentido y sensibilidad.

Siete Días



Escultura, 1997